

## SAN MARTIN, PADRE DE LA PATRIA (\*)

En la vida de los pueblos, hay períodos pródigos en creación y fecundos en enseñanzas. En el siglo XVII parecen converger, en determinado instante, las ansias de libertad y el imperativo de justicia, en la humanidad.

1776 señala el punto de partida de una serie de acontecimientos que en el último tercio del siglo 18 y en el primer tercio del 19, habrían de concentrar la atención angustiada de la vieja Europa que, sin sospechar la profunda modificación que en su ritmo vetusto introducirían los nuevos principios jurídico-sociales que sus hijos de allende el océano le señalarían, acelera la marcha que habría de precipitar su antiguo régimen a la hoguera del ochenta y nueve. Francia reverbera en Europa y la erupción de su fuerza recóndita, invencible, convulsiona al mundo; otro cráter abierto antes, fertiliza con su lava a estas tierras de América, en cuyo suelo hace eclosión la pujante virilidad de un pueblo que nace a la vida como nación. 1776 y 1789, señalan magníficos alumbramientos del siglo XVIII. Es que el ideal de libertad expande su energía en los ámbitos de ambos continentes, confundándose con las fuerzas telúricas que actúan sobre los seres sensibles a su influencia.

Si penetramos un poco en la historia de nuestro continente, hallamos a cada paso inequívoca expresión de su instinto de independencia.

---

(\*) Conferencia pronunciada por la Dra. Beatriz F. Dalurzo en el homenaje rendido al Libertador por el Seminario de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales el día 11 de agosto de 1950.

Circunscribiendo al Sud nuestras observaciones, asistimos a la maravillosa fusión de dos razas admirables, bajo la atmósfera de América, que es libertad. Si poderoso es el factor herencia en la transmisión de los caracteres humanos, es de imaginar cuánto más decisiva será su influencia cuando dichos caracteres actúan en el medio que los ha plasmado y cuánto más indeleble ha de ser su sello cuando esta conjunción de herencia y medio se opera por vía materna.

De ahí que América envuelva ya en su ambiente de libertad a la primera generación surgida de este consorcio y que los mismos hijos de españoles, al ver la luz en estas tierras las prefirieran a las de la culta España, hermanados a los mestizos y confundiendo con ellos bajo el nombre de criollos, en la defensa de su ideal.

Desde ese mismo instante comienza la efervescencia de los espíritus, que tras un necesario proceso de maduración, se convierte en conciencia de las masas, cuyas pasiones estallan esporádicamente a lo largo de dos siglos, para adquirir consistencia de doctrina al alcanzar madurez intelectual. Llegado este momento es necesaria todavía la feliz conjunción de fuerzas concurrentes que la hagan practicable en determinado momento, en lugar adecuado y forma eficaz. Para esto se hace indispensable la unidad de acción que sólo puede desarrollar la firme dirección de conductores extraordinarios que, representando las fuerzas morales de sus pueblos, sean capaces de urdir la trama de los acontecimientos de tal modo, que respaldados por el sentir colectivo, puedan trocar la idea en acción y convertir el ideal en realidad. Estos seres de excepción, son verdaderos regalos que muy de cuando en cuando reciben los pueblos; por eso sus nombres son símbolos de la historia.

La idea de libertad es el alma de América. Por eso el movimiento revolucionario está en su atmósfera y las fuerzas emancipadoras actúan espontáneamente de consuno en ambos extremos de la América del Sud, convirgiendo luego, como atraída por el imán de su propia identidad espiritual, en el

mismo centro donde los triunfos parciales deben consagrarse en victoria final.

Esa unidad de ideal está concretada en la acción, por la trilogía: Washington, Bolívar, San Martín.

Hijos del siglo 18, al calor de cuya fecundidad espiritual se forman, legan al 19 la gloria de convertir a su continente en morada de la libertad para el mundo, con la consiguiente transformación de la fisonomía de la humanidad, que asiste al más grande y profundo cambio operado en su dinámica por las incalculables proyecciones de este singular fenómeno social, en el tiempo y en el espacio.

En América Septentrional, la democracia tiene su intérprete genial en Washington; el norte de América meridional está cubierto por la estampa de Bolívar, en tanto que la parte austral del continente tiene su símbolo en un nombre argentino, no sólo por ser esta su patria, sino también argentino porque resplandece en su vida la pureza y el brillo de la plata, que lleva además, por raro designio, el apócope de santo: San Martín, figura histórica de proyección continental y del más alto significado moral.

A comienzos del siglo XVII —el 6 de enero de 1626— surge a la vida como pueblo una privilegiada zona de la costa occidental del río Uruguay, que lleva el nombre aborigen de Yayeyú (a).

---

(a) Es frecuente mencionar este lugar como perteneciente a la Gobernación de Misiones, error en que incurre, ante nuestro asombro, hasta el propio Otero —historiador serio y profundo— en su "Historia del Libertador don José de San Martín", ed. 1932— Cap. III, pág. 43 y sgtes. Seguramente esta confusión obedece a la mención que se hace de las misiones jesuíticas que lo fundan, sin hacer claramente el distingo entre la división eclesiástica y la división política de esa región. Pero si buscamos su ubicación geográfica, la hallamos en el paralelo 29°5 y 56'9 del meridiano de Greenwich, a 67 mts. sobre el nivel del mar, en pleno territorio de la provincia de Corrientes, a la cual pertenece sin lugar a dudas, considerado hoy como lugar histórico, y donde por ley nacional n° 9655, se construyó el templete que guarda los restos de la casa natal de San Martín.

Su clima templado y naturaleza pródiga, su estratégica ubicación sobre el “río de los pájaros” —que es el onomatopéyico significado indígena de Uruguay— así como la magnífica posibilidad de auscultar el horizonte desde lo alto de la meseta que le sirve de pedestal, convierten a Yapeyú en Capital del vasto territorio formado por los 30 pueblos occidentales de las reducciones de indios que organizara y dirigiera la Compañía de Jesús.

En la época de las misiones, llega a contar de 7 a 10 mil habitantes y constituye un importante centro ganadero-industrial, riquísimo y culto, casi totalmente arrasado después por las invasiones paulistas, y de Chagas, que lo reducen prácticamente a escombros el día en que Chacabuco asesta un rudo golpe al poder realista en Chile.

Poco tiempo después de la expulsión de las misiones jesuíticas, se instala en Yapeyú, Capital del Departamento del mismo nombre en el cual había sido designado Teniente Gobernador, el Capitán don Juan de San Martín.

La exuberancia casi tropical de la vegetación de este suelo, con variedad de palmas indígenas y naranjales magníficos, helechos gigantescos y deliciosas frutas silvestres, bosques floridos y yerbales extensos, forman un marco de extraordinaria y poética atracción, que ha de impresionar con caracteres indelebles las pupilas del niño que ve la luz por vez primera en este lugar de privilegio, fijándole hondas vivencias de arraigo a este suelo.

La hamaca guaraní, que tuviera la gloria de mecer a José de San Martín, imprime quizás en su corazón el amor fervoroso a la tierra americana que caracteriza su vida, y da a su carácter la bravía altivez y el temple estoico de esta raza valiente y generosa.

Yapeyú, que en idioma guaraní significa “por aquí sopla el viento” pareciera llevar en alas de su impulso al glorioso hijo de la selva americana, a través de mares y montañas, para que al conjuro de su genio y de su espada florecieran la libertad y la justicia que tanto amara el genio de los Andes.

Seguramente bajo la protección de Nuestra Señora de los Santos Reyes Magos —que es el nombre cristiano de Yapeyú— alcanza San Martín consagración universal de Padre de la Patria y apóstol de la Libertad.

Pequeño aún, cruza por vez primera las procelosas aguas del Atlántico y niño todavía, escoge la carrera de las armas, quizás por vocación hereditaria acicateada por el ejemplo de su progenitor. Por significativa coincidencia, su bautizo de fuego se hace bajo la protección de los colores de América, como señala Mitre.

Los campos tropicales de Melilla, y las desastrosas furias de la naturaleza en Orán, le inician en la resistencia física que habría de templar su carácter y formar su disciplina militar inquebrantable.

Su bravura y su inteligencia habrían de utilizar luego con provecho las enseñanzas de Ricardo, el más insigne táctico español en su lucha contra los franceses.

El mar, que es el espectáculo de la naturaleza que con más fuerza atrae a San Martín —y al que consagrara alguna vez sus pinceles— no puede dejar de contribuir a la formación eficaz de quien por mar, habría de llevar años más tarde el tesoro de su abnegado sacrificio al Perú, de donde también por mar, corriera en busca de paz al dolor que en la tierra recibiera. A él quizás confía en sus largos coloquios del exilio, su escepticismo de *los hombres*, aunque su fé en *el hombre*.

22 años de incesante y valerosa actuación en el ejército de España contra moros, franceses, ingleses y portugueses, en un grandioso escenario de supremo heroísmo, son magnífica escuela para el desarrollo de su elevada capacidad bélica, pero más que todo para la exaltación de su acendrado amor a la libertad de los pueblos. Tiene así la oportunidad de robustecer sus ideales en la fuente originaria de la revolución francesa, en contacto directo con el pueblo de este país, como aliado o como adversario.

Su permanencia en Cádiz, centro intelectual cuyo carácter de puerto marítimo abona el campo propicio al desarrollo de

ideas liberales, le permite sincronizar el momento histórico de Europa y la acción iniciada en América por los patriotas de la Revolución.

Al amparo del secreto surgen las logias y a su protección, madura el germen de la libertad americana.

La voz de la tierra que en vívidos recuerdos grabara en los años de la infancia el sentimiento profundo de amor al suelo natal, es fuerza irresistible que no admite hesitación en la decisión de abandonar glorias y renunciar a un inmediato porvenir brillante. Por eso llega un día al puerto de Buenos Aires, José de San Martín.

Su capacidad, su entusiasmo, la ardorosa fé en la causa de América, y el temple de su espíritu excepcional, son bienes del patrimonio que ofrece a su patria.

Así inicia en ella la misión que encarna. La conjunción de factores que antes referimos, opera en el Plata en ese momento. Sólo falta el conductor que, atraído por la propia gravitación de los hechos, llega en el instante propicio, para dedicarse sin pérdida de tiempo a la acción. Considerando tarea preliminar la de proveer al país de un poderoso ejército sobre la base de una eficaz disciplina moral y militar, utiliza sus valiosas experiencias bélicas a tal efecto. La feliz actuación que los "Granaderos a Caballo" surgidos con Luis XIV en Francia, tuvieron en las más difíciles campañas europeas, hablan de la eficacia de esa formación destinada a combatir tanto a pie como a caballo que San Martín escoge cuando se le encomienda la difícil tarea que en sus manos se convierte en su premo arte de armonía y unidad.

Su honda penetración psicológica actúa en función de su vigorosa concepción filosófica: por eso llega al corazón mismo de los hombres y la causa que abraza con fervor insospechado, alcanza, a su impulso, plena realización.

Surge el glorioso cuerpo de Granaderos que iniciando sus triunfos en la histórica jornada de San Lorenzo, asombraría a América y al mundo con la epopeya de sus hazañas casi legendarias. Erigido en custodio de la justicia, se convierte, a

más de un siglo de existencia, en el prestigio de la institución armada del país, que ve reflejada en él, la expresión fiel de la jerarquía moral de su creador.

La unidad política tan necesaria en el orden interno, sólo puede surgir de la uniformidad de criterio que nace de la comunidad de ideales fielmente cumplidos bajo fuerza de juramento.

En Buenos Aires existe desde 1809 una filial de la Logia que en Londres y Cádiz fundara el dinámico Miranda y que pronto se ramificara en América hispana. Su eficacia queda demostrada con sólo recordar que de su seno surge la primera junta del año 10, con cuya caída se eclipsa hasta el año 12, en que, como Sociedad Patriótica, constituye, en manos de San Martín, poderosa palanca al movimiento patriota, actuando como invisible hilo conductor de acontecimientos posteriores. Por ello y por su matrimonio con Remedios de Escalada, se vincula San Martín a las principales figuras de Buenos Aires.

Los recelos iniciales se transforman en franca admiración y el gallardo jefe de Granaderos acredita sus méritos e inspira tal confianza al pueblo y al gobierno, que no faltan disensiones en el seno de la Logia surgidas al calor de la ambición de algunos de sus miembros, que temen al genio político y a la ciencia militar del ilustre hijo de Yapeyú. Su designación al mando del Ejército del Norte no obedece tanto a la necesaria defensa de las fronteras, como al deseo de alejarle del centro de las actividades que por fuerza natural de los acontecimientos, habría de pasar a sus manos si permaneciera en Buenos Aires. Felizmente, la extraordinaria sagacidad de su clara inteligencia y de su genio táctico, así como su honda penetración de la realidad, idean la magnífica estrategia cuya magnitud cambiaría el rumbo de los acontecimientos, permitiendo la realización continental del ideal de Mayo.

“La Patria —escribe a un amigo— no hará camino por este lado del Norte, que no sea una guerra defensiva y nada más... Ya le he dicho a Ud. mi secreto: un pequeño ejército bien disciplinado en Mendoza para pasar a Chile y acabar allí

con los godos... Aliando las fuerzas pasaremos por mar a tomar Lima. Hasta que no estemos allí, la guerra no acabará”.

Y tras la idea, la acción. Su ascendiente en la Logia y sa-gaz habilidad, le llevan al Gobierno de Cuyo, población que por ese tiempo no abunda en recursos pero rebosa entusiasmo y encierra el tesoro de su frenético patriotismo.

Allí nace la epopeya del Ande.

Frente a los ánimos sobreecogidos por los acontecimientos desfavorables a la causa de la patria, aparece más vigoroso que nunca el espíritu de este hombre excepcional, que no pierde detalle en la organización de su gigantesca empresa. Sólo su tenaz voluntad, al servicio de un cerebro privilegiado como el suyo, puede realizar labor tan ardua como sublime, en que la total participación del abnegado pueblo cuyano, no deja recur-so por utilizar, ni sacrificio por ofrendar.

Este prodigioso conductor de pueblos, que es psicólogo sin-gular, sabe elegir adecuadamente sus colaboradores, dando a cada uno su lugar de eficacia, al par que contagia su ardorosa fé al imprimir la convicción de su fuerza a cada bravo león que a su lado, desconcierta y vence al enemigo.

Corre el año 16. Tanto la elección de Pueyrredón para el Directorio, como la declaración de la Independencia en Tucumán, responden al movimiento organizado por San Martín.

Cumplida esta primera etapa de su plan revolucionario y listo el ejército de los Andes, se enfrenta a las montañas para llevar la voz y la ayuda de un pueblo libre e independiente a sus hermanos de Chile y del Perú. No pueden quebrantar su decisión ni los obstáculos en aquella época más insuperables, ni las inaccesibles y escabrosas cimas nevadas, ni el dédalo de los pavorosos abismos mortales al filo de las breves huellas sinuosas, ni el vértigo de los estrechos desfiladeros, ni aún, para más, las dolencias físicas de una enfermedad que por razones entonces le recrudece. No le amedrenta el azote del sol calcinante del Perú con sus tórridos arenales y las endemias in-contenibles, ni la acción deletérea de los climas malsanos, ni

los riesgos del mar, ni el temor al número de contendores, ni fatigas, ni desvelos, ni distracciones, ni tiempo, ni distancias...

Tras largos insomnios e incruentas fatigas, llega Chacabuco... y el designio auspicioso que para él tiene febrero, le ofrenda esta victoria.

Su primer tributo es para Cuyo, el pueblo que habría de grabarse en su corazón hasta el fin de sus días. Rehusa honores y recompensas y se siente satisfecho con la felicidad de ese triunfo... Las alturas de la gloria no empañan el brillo de su grandeza...

Maipo sella la independencia de Chile y es el pilar de Ayacucho... San Martín y O'Higgins simbolizan la alianza chileno-argentina que habría de perpetuarse en el alma de ambos pueblos. Afianzada la independencia de Chile, queda por cumplir la última etapa: la liberación del Perú, tanto más ardua y más compleja cuanto que constituye el corazón mismo del baluarte español en América. Agrava este hecho la situación del Plata, amenazada en lo exterior por el enemigo y debatiéndose en lucha interna que hace tambalear el Directorio, que en su auxilio ordena a San Martín repasar la cordillera. Pero su resolución está irrevocablemente tomada: "Mi sable —dice— jamás saldrá de la vaina por opiniones políticas". "El general San Martín —agrega— jamás derramará la sangre de sus compatriotas y sólo desenvainará la espada contra los enemigos de la independencia de Sud América". Su decisión se objetiva en la genial desobediencia a su gobierno, que salva la causa de la revolución patriota.

La caída del Directorio y la acefalía del Plata, crean grave riesgo para la empresa en marcha, que sólo su arte diplomático logra salvar, subsanando la invalidez del nombramiento otorgado por un gobierno caduco, con la habilísima y honrosa designación de General en Jefe que el propio ejército Andino le discierne al confirmarle en tal jerarquía por la histórica acta de Rancagua. Desde entonces la acción conjunta de Chile y Argentina hace posible la invasión por mar al Perú. Sólo el tesón incomparable y la generosa compenetración de ideales de

estos dos insustituibles americanos que son San Martín y O'Higgins, puede realizar el milagro de organizar la Escuadra Libertadora que con el irremplazable y temerario Cochrane, estaría destinada a grabar en la memoria de las generaciones futuras, la enorme hazaña de heroísmo de estos jóvenes pueblos de América austral. Los chilenos reciben profética promesa de una próxima victoria y la escuadra se hace a la mar, no, sin antes dirigir su jefe dos proclamas ejemplares a los pueblos que protege: una, anunciando al Perú la misión que a su arribo cumpliría. Otra, a sus compatriotas del Plata, destacando la realidad imperante y contestando a sus detractores con la realización de su empresa tan arriesgada como magnífica que tan honda y decisiva repercusión habría de tener en la independencia del continente. Triunfo moral sin parangón en la historia de los pueblos libres.

El Pacífico mece al fin, "esas cuatro tablas de las cuales depende la suerte de América" al decir de O'Higgins. La zozobra anida por momentos en el alma de esos generosos criollos que llevan por guía a su fe y por estrella la protección divina, que está con la justicia.

Unas angustias más y Pisco es realidad y los bravos peruanos reciben el vibrante y emotivo saludo del general del sud, que no deja de recordar a los suyos al pisar tierra del Inca, que "no van a hacer conquistas, sino a libertar pueblos".

Surge Miraflores como símbolo de una posible comprensión entre los hombres, pero pronto se disipa la ilusión... Y en trance de combate, Pasco presencia la bravura de estos gladiadores y bautiza su ejército con la victoria...

Ahora el Pacífico sabe del Callao y Chancay...

Hay victorias con sangre, pero hay mas, silenciosas... Y hay estragos de peste en los bandos que luchan... Y hay valor y coraje... y grandeza en las almas... Y Punchauca recuerda que el genio del Ande no fué cóndor voraz y que emplea la fuerza "como último recurso para obligar a aquellos que la razón no persuade"... Y el "poncho del Virrey" que La Serna obsequiara a su amigo de España, oye latir el co-

razón criollo, sin odios al país a quien diera las brillantes jornadas de Arjonilla y Bailén, pero con encendido amor, insustituible, a su patria americana.

Y la astucia y el genio y el paciente esperar, coronan los esfuerzos con el triunfo moral obtenido sobre Lima, la ciudad virreynal, que le aclama y le llama Protector del Perú.

Estamos en la etapa mas singularmente interesante de la vida del héroe, tanto porque constituye el último período de su brillante vida pública en la realización del ideal de América, cuanto porque en su acción gubernativa, las cualidades excelentas de su talento y de su espíritu, destacan junto al insigne militar, al hombre de gobierno que merece llamarse primer ciudadano de América meridional.

La acción desarrollada en este ciclo, da lugar a las mas enconadas controversias en la generación que le es contemporánea, debido a la parcialidad del juicio de quienes próximos a él como amigos o como adversarios, no pueden escapar al juego de las pasiones, que sólo el tiempo y la distancia suelen atemperar. Hoy, en cambio, no caben dudas en la interpretación de su conducta. Es que, como él mismo decía: "Lo general de los hombres, juzga de lo pasado según la verdadera justicia y de lo presente según sus intereses". De ahí su gran fe en el porvenir de América y en la justicia de su posteridad.

Es que para comprender las acciones de los hombres, es indispensable colocarse en el escenario en que actúan, en el tiempo y lugar que se analiza, teniendo presente las experiencias recogidas en el curso de la vida de los pueblos y sin olvidar que la psicología especial del héroe no es la que corresponde al hombre medio, común, en quien predominan las pasiones egoístas y en quien el "yo" jerarquiza toda acción.

El héroe supera el estadio puramente individual del instinto de conservación, para proyectarse a la sociedad, en cuyo perfeccionamiento se empeña.

Siente la fraternidad humana o el ideal que la representa, con fuerza predominante, que llega a la substitución del "yo" por el amor a la causa que defiende, con olvido de la vida ne-

cesaria a los demás instintos, al punto de desinteresarse del sacrificio de su propia existencia. De aquí que pierda interés todo lo que atañe a su persona como individualidad y sólo le preocupe lo que ella pueda representar como instrumento útil a su causa.

Así es como debemos juzgar a nuestro héroe máximo, que en su grandeza, se cree apenas un instrumento del Destino en la realización de la causa americana.

Se ha dicho que "el San Martín de San Lorenzo, Mendoza, Chile y Huaura, no es el San Martín de Lima". Sin embargo, en lo único que difiere su actuación en ella, es en el empleo de su táctica, utilizada en la forma que considera mas adecuada a ese momento histórico y a ese lugar. Es necesario recordar que el Perú es el centro mas importante y culto de la aristocracia española en las colonias, que constituye un poderoso baluarte de la Corona en América. Sus ejércitos están bien organizados y no es tarea fácil vencerlos sin grave riesgo para el ejército patriota castigado por el clima y flagelado por las "tercias" que han desmejorado físicamente y diezmando a las tropas, que aunque plenas de entusiasmo gracias al temple extraordinario de sus varones, llevan ya demasiadas fatigas y sobrehumanos sacrificios, para que su jefe, que considera preciosa la sangre de los soldados, no contemplara la necesidad de ahorrarla en lo posible. No puede exponer la suerte del Perú en una acción bélica tan arriesgada. No cabe aquí el procedimiento violento y rápido que fuera indispensable otras veces. Su genio táctico le hace comprender la eficacia insospechada de su prodigioso y habilísima guerra de zapa.

No interesa *conquistar*, sino *redimir* y para ello se necesita ingenio y tiempo. Dilatando la acción, podría llegar auxilio del sur, en tanto el norte se fortifica con las victorias de Bolívar y el prestigio español minado en su base, se derrumba.

Si a esto agregamos la falta de personas a quienes confiar la delicada tarea de organizar el Gobierno, como tiene en Chile a su caro y singular amigo O'Higgins; la distancia a que está del punto de partida, sin respaldo oficial de su país,

que se debate en el caos interno; viendo desmoronarse las conquistas alcanzadas con tanto sacrificio; envuelto Chile mismo en densa nube de intrigas y miserias, no cabe la elección entre su deseo personal de permanecer alejado de toda acción política y la necesidad de sacrificar sus mas íntimas convicciones en beneficio de la obra gigantesca que está culminando tras cruentas jornadas. El problema es arduo y complejo. Su misma salud a girones, sostenida solamente por el fuego de su espíritu excepcional, parece derrumbarse. Sus mismos fieles compañeros de ayer, quizás por el enervamiento que en sus espíritus operó el rigor y la inclemencia de una azarosa guerra larga, defecionan en el momento mas delicado. Sólo, respaldado por su inquebrantable energía, y guiado por su amor a la causa de América, afronta las pruebas mas difíciles de toda su campaña. No queda otro recurso que asumir la responsabilidad del gobierno —tan repugnante a su espíritu— erigiéndose en Protector del Perú.

Con su habitual sinceridad, explica al pueblo peruano la razón de su decisión, comprometiendo su palabra de que en el momento mismo en que sea libre su territorio, haría dimisión del mando público para hacer lugar al gobierno que ellos tengan a bien elegir.

El propósito “oculto” que algunos historiadores quieren hallar en sus declaraciones, no es otro que su conocido y probado amor a la libertad de América. Sólo que aquí el ingenio substituye a la espada.

San Martín conoce las características de la conquista en que, de España, en realidad, son interpósitos los conquistadores, pues de ella tan sólo reciben el auspicio nominal y el mandato consensual para la legitimidad de su procedencia. Este hecho que, como lo destaca un historiador sudamericano, encierra una lección de política práctica, influye en la rebeldía de las colonias, que “no forman un cuerpo de nación con España ni se hallan ligadas a ella mas que por el vínculo de la corona. El juramento de fidelidad debido a este, tiene el simple carácter del juramento feudal que ata a un hombre a otro hombre, mas

que por razón de la tierra por razón de la persona". Desaparecido el monarca, lógicamente queda relevada América del cumplimiento de su fidelidad. Cabe entonces la posibilidad de una conciliación de intereses, cuya seguridad está mas garantida para los españoles por un inmediato y efectivo respeto a su condición de ciudadanos de América, que a la de súbditos de un gobierno caduco. Así lo entiende el propio Virrey y algunos jefes de alta graduación.

Si el Protector ofrece garantías a los españoles es porque en su profundo conocimiento de los hombres, sabe que es el camino mas corto para llegar al fin y porque quiere dejar aclarado que la emancipación de América no implica un agravio a España como nación, ni a sus hombres como tales, sino que representa simplemente la defensa de principios que las nuevas nacionalidades sostienen al alcanzar su mayoría de edad.

De ahí su aparente transacción con la aristocracia peruana.

Su intuición sociológica le hace comprender que la organización del gobierno de un pueblo, debe estructurarse sobre la base de su idiosincracia, respetando la verdadera naturaleza de la sociedad cuyo perfeccionamiento se desea, si se quiere alcanzar algún éxito en la tarea.

Por otra parte, no puede buscar el medro personal quien abandona el gobierno en pleno poderío, tan pronto como considera cumplida su misión; ni puede tener la vanidad de aspirar a una corona quien dedica, su vida a la causa de los pueblos libres, a los que jura asegurar su independencia y libertad sobre la base del gobierno republicano que es el que "conviene a sus naturalezas" y en cuya defensa actúa en Guayaquil, sacrificando, para asegurar el triunfo de la Revolución, sus mas grandes glorias y prefiriendo el ostracismo amargo, a la claudicación de sus mas puros ideales.

Si magnífica es la obra del genio americano en su empresa de libertar a tres naciones y afianzar la independencia de otras dos, si estupenda es la acción de su espada y sin parangón su acrisolada virtud en el gobierno, no menos extraordinaria es su vida en el exilio —vergüenza de los pueblos que tanto le

debían— donde no sólo sufre la orfandad espiritual y el olvido —cuando no la calumnia de sus “deudores” americanos— sino también urgencias materiales y estrecheces económicas que sólo su estoicismo puede soportar tan decorosamente, aquilantando así junto a la grandeza de su vida pública, la excelcitud de su vida ciudadana.

Su fama se expande por los ámbitos del mundo. Su acendrado amor a la justicia y su infatigable defensa de la libertad, le convierten en paladín de estas virtudes. Por eso, en 1830, cuando cree alcanzada la paz del sosiego en un pueblito de la vieja Europa, Bélgica le llama en defensa de su libertad, honor que el héroe declina.

Pero si es casi legendaria la magia de su espada, mas fuerte que ella es su pensamiento, que elabora ideas estupendas hasta el último instante de su vida. Cuando el cuerpo se rinde a la tortura física, su cerebro portentoso se yergue altivo, y al brillo de su sable substituye el de su pluma ágil y sagaz, cuando en 1845 se entera de la desapareja lucha de su patria con Francia e Inglaterra. El argumento viril y contundente de su opinión respetada y admirada en las cancillerías de Francia e Inglaterra, cambia por completo la faz del debate, asegurando a América victoria tan brillante como otrora alcanzara su espada.

Poco después, se extingue su vida para entrar al dominio de la inmortalidad, desde donde rige, como genio tutelar, los destinos de la tierra que tanto amara y en cuyo seno descansa su corazón, por imperativo de su último deseo.

Las grandes potencias de la Naturaleza parecen destinadas a asistir en su vida al Padre de la Patria: la impenetrable selva guaraní es testigo de su llegada al mundo... las montañas de Europa contemplan azoradas, los triunfos del gallardo Capitán; el África le ofrece los ardientes soles de su inmenso desierto y en América el cóndor le siente su hermano... y el Pacífico mece en sus aguas turbulentas al genio americano, cuya postrer mirada habrían de recoger las playas de Boulogne Sur Mer.

BEATRIZ F. DALURZO

